

UN FUTURO INCIERTO

David Ibarra
21 de febrero de 2005

Siempre ha sido aventurado atisbar al porvenir, anticipar la evolución política o económica, careciendo de esfera de cristal, sobre todo en un mundo que poco a poco torna irrelevante lo nacional y hace surgir un cosmopolitismo ajeno y hegemónico.

Desde tiempo inmemorial, a los mexicanos se nos ha educado en la tesis nacionalista de que el país y sus hombres tienen un potencial enorme de progreso, sea que se le sitúe en los campos de la innovación creativa, el arte, la cultura, o la economía. Al propio tiempo se han subrayado sus abundantes recursos naturales (petróleo, minería, biodiversidad, turismo), el tamaño y la creatividad de la población y la amplitud de sus mercados apenas rebasados por un puñado de países emergentes; su privilegiada ubicación geográfica, cercana a la principal potencia mundial y a los mercados latinoamericanos.

Antes se solían culpar de los impedimentos de acceso a ese porvenir luminoso, a la influencia de intereses y fuerzas externas, que sometían, trastornaban o corrompían al país. La colonia, las intervenciones foráneas, el imperialismo generaron lucha y resistencias que, del lado positivo, llevaron a formar identidad y nacionalismo propios, incluso a racionalizar infortunios, a identificar culpables propios o ajenos y, del lado negativo, a acostumbrarnos a perder batallas y a reconocer, sin necesariamente superar, muchas debilidades. Aún así, nunca se perdió la esperanza de ganar un futuro prometedor, aunque con frecuencia había que diferirlo.

Acaso con la única excepción del período de consolidación de la Revolución, 1930-1980, México no conoció en casi dos siglos de vida independiente un período largo de desarrollo sostenido. En los siglos XIX y XX se fue perdiendo la posibilidad de afianzar posiciones de nación prominente, primero hacia el norte del continente y luego hacia el sur.

Hoy, después de la prosperidad de la posguerra, muchas de las agarraderas ideológicas que nos unían, se disuelven. El cosmopolitismo toma asiento, los vecinos del norte pasan de obstáculo a eludir a ser el socio indispensable; la libertad de mercados acaba con los viejos privilegios de los productores nacionales y favorece a los exportadores foráneos --aunque se evaporen los empleos--; el presidencialismo hegemónico, que lograba o imponía los acuerdos y la dirección estratégica del país, es sustituido por una división real de poderes y partidos que todavía desconoce las virtudes de entenderse entre sí, de identificar los verdaderos intereses nacionales y de responder a las demandas ciudadanas. Con la ruptura de los viejos nexos corporativistas obreros y empresariales y la adopción de los dictados neoliberales --independencia del Banco Central, política fiscal conservadora, desregulación, apertura, etc.--, el diseño y la instrumentación de la política económica ha resultado aislada casi por entero del escrutinio democrático.

Los cambios de estrategias procuran, sin lograrlo del todo, que el crecimiento nacional deje de depender del mercado interno para hacerse función de la demanda foránea y de la bondad de la inserción de los productores nacionales en los mercados internacionales a partir de una capacidad competitiva notoriamente desventajosa.

En tales circunstancias, los enormes avances en la modernización política --partidos políticos independientes, elecciones limpias, tribunales electorales,

vigilantes, alternancia en el Poder Ejecutivo-- han quedado ensombrecidos por la falta de participación ciudadana en la definición, en la selección, de los grandes objetivos sociales y económicos.

La fidelidad al "Consenso de Washington"¹ supuso implantar de modo inmisericorde cambios institucionales y estrategias macroeconómicas conservadoras, cuyo objetivo principalísimo es la estabilidad de precios, mientras a escala microeconómica todo se liberaliza y desregula, dejando en la indefensión competitiva al grueso de las empresas nacionales. Los resultados están a la vista, en vez de crecimiento el país se debate en la pobreza, en una especie de cuasi estancamiento crónico, con extranjerización de las mejores empresas nacionales --públicas o privadas-- y descomposición social. En suma, la Política con mayúscula, la definitoria del proyecto de nación y de los modos de alcanzarlo, ha sido empobrecida, sustituida, por una macroeconomía ademocrática donde todos los caminos esenciales están predeterminados y se persiguen cualquiera que sea el costo.

Tarde se descubre que muchas de las fallas latinoamericanas en beneficiarse de las medidas auspiciadas por el Consenso de Washington se sitúan en la debilidad doble de sus instituciones y empresas frente a la apertura de los mercados y, en nuestro caso, de los mecanismos democráticos internos de mediación política sustitutivos del autoritarismo presidencial en la formación de los consensos nacionales. Ante fracasos múltiples y evidentes, los revisores nortños de ese Consenso, siguen sosteniendo los mismos enfoques económicos

¹ Véase Williamson, J. (1990), "What Washington Means by Policy Reform", en Williamson, J. *Latin American Adjustments: How Much Has Happened*, Institute for International Economics, Washington..

pero añaden una serie de reformas institucionales a las que se atribuye, no sin razón, importancia decisiva.²

Se trata de las llamadas reformas de segunda generación que, junto a las primeras, se postula aportarían la respuesta a los problemas del desarrollo latinoamericano. En esencia, se recomienda implantar reformas administrativas, flexibilizar los mercados laborales, proseguir las privatizaciones, reforzar los derechos de propiedad y hacer efectivo el estado de derecho, crear instituciones regulatorias, mejorar las redes de seguridad social, erradicar la corrupción.

Sin duda son objetivos deseables. Sin embargo, su mismo planteamiento hace surgir dudas. En primer término, habría que explicar ¿por qué se implantaron las reformas de primera generación y se les condenó a fracasar en muchos frentes por falta de apoyo de las medidas complementarias que hoy se proponen?. En segundo lugar, las nuevas propuestas no parecen guardar relación directa, empírica, con el crecimiento y suponen haber alcanzado un grado de desarrollo del que suelen carecer los países latinoamericanos.³ A mayor abundamiento, se sugiere abrazar directrices abstractas que no son traducibles en recomendaciones concretas, sin referencia a las condiciones específicas legales, políticas, económicas de cada país.⁴ Por último, la envergadura de esas propuestas podría rebasar fácilmente la capacidad institucional, política y de paciencia ciudadana sea para instrumentarlas, sea para aguardar a que rindan frutos, como ocurre, con las reformas fiscal,

² Kuczinski, P. y Williamson, J. (2003), *After the Washington Consensus*, Institute for International Economics, Washington

³ Véanse Easterly, W. (2001), *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, MIT Press, Cambridge, Mass.; Prichett, L. (2001), "Where Has all the Education Gone?", *World Bank Economic Review*, 15, Núm., 3, pp. 367-97; Rodríguez, F. y Rodrik, D. (2001), "Trade Policy and Economic Growth: A Macroeconomics Skeptic's Guide to Cross-National Evidence", *Macroeconomics Annual, 2000*, MIT Press.

⁴ Véase Rodrik, D. (2003), *Growth Strategies*, National Bureau of Economic Research, Working paper 10050, Cambridge, Mass.

energética y laboral de México. Cualquiera que sea el caso, con dudas, diferencias y hasta escepticismo, los países de la región procuran instrumentar los cambios de segunda generación, sin lograr la remoción de las trabas al desarrollo.

Todo ello configura en México una transición sociopolítica incompleta, difícil, que por serlo impide el resurgimiento de otra etapa de prosperidad. Parece impensable llegar a acuerdos, convenir alteraciones en las políticas, en favor del crecimiento y el empleo, como de la equidad social. Por eso, las perspectivas de 2005 se ensombrecen en función de nuestra dependencia pasiva de la evolución de los mercados internacionales, y sobre todo, del curso incierto de la economía estadounidense con sus enormes déficit fiscal y comercial que ya se traducen en altas tasas de interés, inflación y depreciación del dólar.

Conforme a estimaciones del Fondo Monetario Internacional, el producto mundial bajará del 5.0% al 4.3% en el año próximo; el del Primer Mundo de 3.6% a 2.9%; el de los países emergentes y en desarrollo del 6.6% al 5.9%. Y el de México del 4.2% al 3.2%, cifras claramente indicativas de la incapacidad del país para cerrar aunque sea despaciosamente la brecha del atraso y mantener el paso con otras naciones periféricas, incluso latinoamericanas que se prevé crecerán alrededor del 4%.

A más largo plazo, las perspectivas tampoco parecen prometedoras. Sin duda en una o dos décadas el país avanzará en limar las aristas de la transición hacia la globalización. Pero en el trayecto todo indica que se acentuarán los rezagos que separan al país de las naciones emergentes y de las más avanzadas del planeta. La formación de capital humanos y físicos y los recursos que dedicamos a la investigación e innovación tecnológicas son más pobres y carecen

de estrategias orientadoras, como las que se observan en muchas naciones en desarrollo. Por consiguiente, las reducidas tasas de crecimiento de las últimas dos décadas y las previsibles en el futuro, indican que otros países y regiones tomarán la delantera en términos de inversión, productividad, aporte al producto mundial y a la tecnología.

De otro lado, el tamaño de la población de México (100 millones) y de América Latina (524 millones) palidece ante los de Asia (4,700 millones), China (1,280) o la India (1,050), zonas que, además, vienen creciendo con rapidez hasta formar mercados dinámicos con mucho mayor poder adquisitivo que el nuestro. Debe admitirse que las relaciones con los Estados Unidos constituyen y constituirán un factor catalítico en el desarrollo latinoamericano. Desafortunadamente, nuestros países no parecen ocupar un lugar saliente en las relaciones de ese país. Así lo demuestra el énfasis actual y geopolítico casi único en la batalla contra el terrorismo, la preferencia de la inversión norteamericana por China, la convivencia del ALCA con convenios bilaterales que compiten con la formación de una comunidad de alcance continental, o la posposición de los temas migratorios. En tales condiciones, no cabría esperar ayuda generosa, semejante a la que los países más avanzados de la Comunidad Económica Europea brindan a sus miembros en desarrollo.

En más de un sentido, México se encuentra parcialmente aislado, ayuno de respaldos ante las fuerzas de la interdependencia económica global y la geopolítica internacional, propenso a las inestabilidades y contagios de la economía mundial. Las ideologías cosmopolita y neoliberal, nos impiden achacar a fuerzas externas o a los mercados los impedimentos a transformar capacidades y mercados en dinamismo económico y bienestar social. La abundancia de recursos naturales tampoco nos salvará, como no lo ha hecho el

petróleo hasta ahora. Sólo con esfuerzo propio se elevaría el potencial de desarrollo, de la fuerza de trabajo, de nuestras instituciones y se podrían adaptar, que no calcar, las fórmulas de las naciones exitosas. No sólo estamos librados a nuestras fuerzas, sino que se aproxima el día en el cual la tiranía económica dé nacimiento a insatisfacciones, disturbios políticos --acicateados por los procesos electorales-- que pongan en riesgo la encomiada estabilidad macroeconómica.

Antes de seguir perdiendo relevancia internacional y seguir dejando en el abandono al grueso de nuestras empresas y trabajadores, es urgente enmendar políticas equivocadas o insuficientes. El futuro no se construye por manos invisibles, milagrosas, o por la copia extralógica de modelos de otras tradiciones. Es la sociedad de hombres con su capacidad de innovación, sistémica, colectiva, lo que hace posible crear y sostener la prosperidad común. La responsabilidad es indeclinablemente nuestra.